

# Cartas inéditas de Juan Valera a Fernando A. del Olmet

**E**n el Fondo Cultural Espín, donación Carmen Ayala, de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, procedente de las bibliotecas particulares de Joaquín Espín Rael y Enrique Espín Rodrigo, se encuentran algunos papeles pertenecientes al diplomático y aristócrata Fernando Antón del Olmet, personaje digno de estudio por la ingente actividad que desplegó, las relaciones que cultivó y sus aficiones literarias que, a nuestro pesar, no son objeto de atención por la naturaleza de este escrito.

Entre los papeles en estado actual de clasificación, hemos localizado<sup>1</sup> cinco cartas de Juan Valera al referido diplomático, que consideramos inéditas. Cuatro de ellas están escritas en Viena, en los años 1893, una, y 1895, tres. De ellas, son autógrafas la primera, tercera y cuarta. La segunda la escribe un hijo que por la firma parece ser Luis. La quinta debe ser dictada a algún escribano o familiar, o existe otro indicio de autoría, porque en esas fechas, 1900, Valera estaba casi ciego como se nota en la firma vacilante que rubrica la carta. Las epístolas de Viena están escritas en papel Kent, 26 × 21,5, dobladas por la mitad, por lo que cada hoja son cuatro páginas. La carta de Madrid se escribe en papel corriente, sin marca, y un poco más pequeño, 25 × 20.

## 1. Juan Valera según su amigo

En nueve folios mecanografiados y firmados con el lema «Tanto Vuelan», que posiblemente fuesen publicados en algún periódico o revista, a la muer-

<sup>1</sup> Fondo Cultural Espín. Caja de Ahorros del Mediterráneo. Calle Corredera, s/n. 30800 Lorca. Esta entidad cultural publica los «Cuadernos Espín» que recogen conferencias y actividades que se desarrollan en su sede.

te del escritor de Cabra<sup>2</sup>, Antón del Olmet hace una semblanza de la vida del diplomático y escritor, de la que entresaco algunas opiniones:

«Nació en el año 1824 y falleció en 1905, de 81 años de edad, soportando su ceguera con ejemplar resignación». «Perteneía don Juan a un ilustre linaje. Famoso fue su apellido en el siglo XV por Mosén Diego de Valera, caballero tan notorio en armas y letras. Los Valera cordobeses fueron caballeros maestrantes de ronda, y caballeros guardias marinas como el padre del autor de Juanita la larga. Éste casó con la marquesa de Paniega, una Alcalá-Galiano, de la familia del conde de Casa-Valencia, que obtuvo la grandeza de España». «...Don Juan desarrolló su juventud en Granada, en donde siguió su carrera de Derecho. Después, a muy poco tiempo, ingresó en la Diplomacia yendo de agregado a Nápoles, cuya Legación regía el famoso duque de Rivas, el autor de Don Álvaro. Aquí agotó don Juan las veleidades románticas sentimentales, amorosas, propias de la juventud». «De aquí pasó a San Petersburgo, a las órdenes del incomparable duque de Osuna, el último duque histórico de su casa, del que se cuentan tantas famosas anécdotas que produjeron su célebre ruina». «Era de buena estatura y de contextura regia, aunque no grueso, la cabeza bien plantada, la nariz corta y recta. Usaba como corbata una chalina pequeña y tenía todo el aspecto de un gran señor del segundo imperio, de consejero de estado, de personaje de alta categoría. El bigote blanco, recortado, el cabello, bien poblado, peinado en raya central, correctamente vestido por buen sastre, de levita casi siempre, su aspecto fuese imponente si su palabra, siempre afable y sencilla, no le hiciese simpático y atrayente». «Tenía don Juan un carácter admirable o, por lo menos, así lo parecía a todo el mundo». «Conocí a don Juan Valera recién llegado yo a Madrid en 1892, en un almuerzo del marqués de Jerez de los Caballeros, hermano gemelo del duque de T'Serclaes, grandes aristócratas sevillanos. Eran también sevillanos los marqueses de la Paniega, sobrinos carnales de don Juan e íntimos amigos de mi familia y míos. Éste fue el lazo de unión con don Juan al conocerlo yo». «Me convidó a almorzar para cuatro días después». «Fue un almuerzo inolvidable, mano a mano con aquel personaje famoso, como si fuese un íntimo amigo mío de siempre». La amistad debió continuar y de ahí la correspondencia.

<sup>2</sup> Antón del Olmet, Fernando: «Don Juan Valera: un aspecto de su vida». Signatura 11-5-1.

<sup>3</sup> Bravo Villasante, Carmen: Vida de Juan Valera. Editorial Magisterio Español. Madrid, 1974. Edición anterior con el título Biografía de Don Juan Valera en Editorial Aedos, Barcelona, 1959.

<sup>4</sup> Bravo Villasante, Carmen: «Don Juan Valera en la actualidad» en Cuadernos Hispanoamericanos, n.º 260. Madrid, 1972.

## 2. Carmen Bravo Villasante y Juan Valera

Con independencia de la biografía de Juan Valera<sup>3</sup>, Carmen Bravo se ha ocupado de la faceta epistolar, tan celebrada por todos los críticos, en Cuadernos Hispanoamericanos<sup>4</sup>. Pasa revista a los libros que se publican en el año 1972 sobre el tema: Bibliografía crítica de Juan Valera y Juan Valera

y Estébanez Calderón. Y dice: «El joven diplomático tenía veinticuatro años cuando empieza una correspondencia que actualmente deja atrás las novelas finas que hasta ahora se han considerado su mejor obra».

Valera tiene cuando comienza este carteo, del que desconocemos las respuestas, sesenta y nueve años. Es el final de su vida y se muestra desenfadado, preocupado por la economía, curioso, dicharachero, noticiable.

Es, pues, indudable, el interés que estas cartas poseen porque son complemento de otras y pueden ayudar al conocimiento global de un escritor que cuando es asimilado a la llamada «generación del 68» parece rechazable por cuanto entra dentro de la órbita de los neo; sin embargo, cuando se profundiza en su obra teórica, es uno de los más personales, desenfadados y críticos escritores del siglo XIX, degustador además de todos los géneros. Fue una personalidad compleja: polígrafo, novelista, poeta, dramaturgo, sociólogo, crítico y políglota, «a un mismo tiempo humanista y moderno, hombre de letras y hombre de sociedad»<sup>5</sup> sin olvidar su faceta de político, afiliado al partido liberal con el que fue ministro plenipotenciario como subsecretario de Estado.

### 3. Las cartas

Ni siquiera unos datos filológicos o histórico-culturales sobre la época u otras facetas típicamente intelectuales, quitarían el protagonismo a las cartas en sí. Por ello, iniciamos su transcripción e iremos intercalando datos para su mejor comprensión o complemento introductorio, aunque esto no impedirá su utilización posterior dentro de estudios más específicos que el de dar noticia de un hallazgo interesante.

A

Viena, 17 de mayo de 1893<sup>6</sup>

Sr. D. Fernando de Antón.

Mi distinguido amigo: Hace ya muchísimo tiempo que recibí la grata carta del 14 de marzo. Perdóneme Ud. que no la haya contestado hasta ahora. Yo soy desordenado en mi correspondencia y siempre tengo mucho que escribir. Válgame esto para disculpa. Con grande gusto leí el artículo de Ud., que Ud. ya me había leído y que publicó *El Centenario*<sup>7</sup>. Mucho celebraré que haya lugar en dicho periódico para publicar el segundo artículo de Ud. que será, sin duda, digno complemento del primero.

<sup>5</sup> Antón del Olmet, Fernando: vid. op. cit.

<sup>6</sup> Fondo Cultural Espín. Signatura 12-1-74.

<sup>7</sup> No aparece citado este periódico (o revista) en Seoane, M.<sup>a</sup> Cruz: Historia del periodismo en España. 2. El siglo XIX. Alianza Universidad Textos. Madrid, 1983.

*El Centenario* ha sido para mí un desastroso negocio. Casi nadie se ha suscrito, y la mitad de los pocos suscriptores no pagan. Grande gratitud debería yo a Ud. si excitase eficazmente a las ilustres gemelas Guzmanes para que en Sevilla y en Extremadura buscasen y hallasen colocación para algunos ejemplares de *El Centenario*, que no debe considerarse tanto como un periódico o revista, cuanto como una obra conmemorativa de las fiestas y solemnidades con que hemos ensalzado en España a Colón y a los demás héroes del descubrimiento, civilización y conquista del Nuevo Mundo. Si no logramos aún suscriptores o compradores de ejemplares, *El Centenario* va a costarme un dineral y va a ponerme en los mayores apuros, porque lo que me dan para representar aquí el papel de embajador no puede mermarse ni aplicarse a otras atenciones, si he de representar mi papel decorosamente, en ciudad tan cara, en corte tan aristocrática y pomposa, y entre otros embajadores, uno doble, y otros triplemente pagados que el de España.

Aquí echo de menos la amable, franca y alegre sociedad de Madrid. Aquí es difícil, tal vez imposible, proporcionarse algo semejante. De todos modos, me encuentro aún en los horrores del noviciado, el cual puede prolongarse muchos meses, porque todo va aquí despacio y con pesadez alemana, y se tardan siglos en llegar a la intimidad, si alguna vez se llega. Además, ahora, dentro de pocos días, todos los individuos de esta *high life* se van a sus quintas o castillos o a viajar, y Viena se queda desierta.

Mi mujer, como, por mil causas largas de exponer aquí, no ha podido ofrecer aún sus respetos a la emperatriz-reina y a las archiduquesas, está como enchiquerada y casi apartada de todo trato porque la *liturgia* así lo exige.

A pesar de esto, ni ella ni Carmencita lo pasan mal.

Vamos a menudo a los teatros, que son aquí magníficos, y, aunque ellas no entienden palabra de alemán, se divierten con la música, los bailes y la riqueza de trages (sic) y decoraciones, en todo lo cual descuellan aquí como en ningún otro país del mundo. Los teatros de París y de Londres están muy por bajo de los de Viena.

También los parques, jardines y paseos públicos son espléndidos aquí, sobre todo el *Prater*, donde, apenas hay tarde, en que no nos paseemos en coche.

Por lo demás, la vida es aquí muy otra que en Madrid. A las 10, lo más tarde a las 11 de la noche, toda persona decente y de juicio está ya aquí en la cama. Yo no extraño que inventen aquí tantas sutiles filosofías y hagan tanto chiquillo, porque tienen tiempo de sobra.

Yo procuro acomodarme a estos usos: acostarme temprano, y levantarme a las 6 de la mañana. Aún no lo he logrado. Si lo logro, no haré chiquillos porque ya es tarde, pero puede que escriba alguna novela, para emplear mi tiempo. Por ahora no hago sino leer libros nuevos, que salen aquí muchos, y yo los entiendo, leyendo, aunque ando torpísimo para entender el

alemán, oído. Por lo que leo, infiero que en Alemania, como en tierra tan cultivada, y donde hay tan refinada civilización, no hay asunto que no se estudie y trate con extraordinario saber, pero que ahora no hay escritor, ni filósofo, ni poeta de punta, ni que equivalga a Schiller, Goethe, Kant, Hegel, etc. dado que me parece mediano, dicho sea entre nosotros, y a veces, algo plomizo. Lo que sí sorprende es el movimiento general de las inteligencias a dilucidar las cuestiones sociales y religiosas. Quieren *nueva ciudad*, nueva religión y aun Dios nuevo, e inventan mil sueños, profecías y apocalipsis.

Adiós. Consérvese bien de salud, y mande a su afmo. amigo y S.S. q.b.s.m.  
Juan Valera

## B

Viena, 8 de enero de 1895<sup>8</sup>

Señor Don Fernando de Antón.

Mi querido amigo: muy de corazón agradezo a Ud. las felicitaciones que me envía con motivo del nuevo año. No es culpa de Ud. el que vengan muy poco a propósito; culpa es de mi poca, o por mejor decir, de mi mala ventura que me tiene enfermo, postrado en cama, y muy desesperado, abatido y triste hace más de veinte días. No sé si al cabo lograré reponerme y valer todavía para algo en este pícaro mundo. Por lo pronto para lo único que me siento a propósito es para que me lleven, muy despacio, a fin de no traquetearme demasiado, a mi lugar, o a cualquier otro lugar de Andalucía, donde haya mucho sol y me saquen en una espuerta a recibirle de lleno en la puerta de mi casa.

Lo que es aquí en medio de estas nieblas, de estas nieves y de esta obscuridad de *noche circasiana* tengo muchísimo recelo de que me voy a morir o de que ya me estoy muriendo a chorros y de que me voy a quedar enterrado en las orillas del Danubio. Pero, en fin, hablando de otras cosas menos melancólicas, ¿me quiere Ud. decir qué es eso de los *Ideales* que Grilo<sup>9</sup> realiza? En efecto, menester es tener mucha habilidad para idealizar a fin de convertir las feísimas ermitas de Córdoba donde apenas hay más árbol frondoso que algún miserable cantacuco, donde los ermitaños parecen unos tíos groserotes, sucios y yo sospecho que borrachos, y donde el punto más alto acaso no se eleva a cien metros sobre el nivel del Guadalquivir, en un sitio tal que desde él falta poco para llegar al cielo. ¡Qué idea tan sucia y tan ruin debe tener del cielo ese tunante de paisano mío!

Supongo que se titula «*Ideales*» el tomo de poesías de Grilo. No sé en qué periódico he leído que el tomo cuesta cinco o seis duros, carestía que me induce a creer que dicho tomo estará adornado con muchos monos.

<sup>8</sup> Fondo Cultural Espín, Signatura 12-1-76.

<sup>9</sup> Antonio Fernández Grilo (Córdoba 1845-Madrid 1906). Cuando humorísticamente cita a las ermitas se refiere al libro de este autor titulado *Las ermitas de Córdoba. Según mis notas, publicada Ideales en 1891. Véase Criado Costa, Joaquín: Vida y creación poética de Antonio Fernández Grilo, Real Academia de Córdoba y CSIC. Córdoba, 1975.*